

En cuatro sucesivos artículos Edward R. F. Sheehan ha tratado globalmente la situación de El Salvador a la altura del mes de junio de 1986. Otra versión del mismo tema en parecidos términos apareció en The New York Review of Books (June, 26, 1986, 25-30) con el título "El Salvador's 'Clean' War". No quisiera entrar en la discusión de sus puntos de vista, algunos muy interesantes, que pueden ayudar a la opinión pública norteamericana y, por qué no, también a la Administración Reagan a repensar dos juicios que hoy se dan por válidos: que la situación de El Salvador es ya fundamentalmente correcta desde el punto de vista político y humano y que la administración Reagan ha encontrado el camino correcto para resolver los problemas aún pendientes. Mi discusión quiere centrarse en el cuarto de los artículos publicados en The Boston Globe, cuyo título es "Salvador's revolutionary clerics" (June, 26, 1986, 20-21).

En ese artículo reconoce el autor que los jesuitas de El Salvador estamos profundamente conmovidos por la miseria y la injusticia que afligen a la mayor parte del pueblo salvadoreño y que asimismo estamos seriamente comprometidos con el proceso de su liberación. Pero, a pesar de la simpatía que esto le causa, no puede menos de mostrar su desacuerdo con nuestra posición: "it is too utopian, too violent, too destructive". En el fondo le parece que es una posición marxista más o menos edulcorada y así no duda en calificar a los jesuitas de El Salvador no sólo de leftists sino de ser marxists. Las pruebas que aduce son débiles: un resumen muy simplificado de mis propias ideas ya no filosófico-teológicas sino incluso políticas, el que quizá "as many as 100 former UCA students joined the Popular Liberation Forces (FPL) of the Farabundo Martí National Liberation Front (FMLN)" y que dos de mis discípulos conserven puestos relevantes tanto en las FPL como en el gobierno sandinista, y algunas frases sueltas más críticas del gobierno de Duarte y de la guerra de los militares que de las acciones violentas del FMLN.

Remitir al autor y al lector a los miles de páginas que nuestra universidad ha escrito sobre estos temas para poner las cosas en su punto, sería exagerado. Permítaseme citar tan solo el Pronunciamiento del Consejo Superior Universitario de la UCA, fechado el 2 de febrero de 1980 contra la guerra civil como única alternativa a la injusticia y a la crisis nacionales. Desde entonces, antes pues del inicio de la guerra, hemos sostenido la necesidad de soluciones políticas. En cuanto a la cita de mis alumnos yo pudiera señalarle al señor Sheehan



que también tengo alumnos en la Fuerza Armada, en los partidos políticos de la derecha, en el gobierno, en la más alta dirección de las empresas privadas, y aun en el episcopado salvadoreño. La Universidad evidentemente alimenta más las filas de la empresa privada y del gobierno que las de los frentes revolucionarios. Cada uno da el crecimiento que le parece a la semilla que recibe.

Quisiera tratar por separado las acusaciones a que el señor Sheehan nos somete a los jesuitas.

Se nos acusa de ser utópicos. Es la acusación que mejor se nos acomoda, aunque no en cuanto reduce nuestro horizonte utópico a la Cuba de Castro. Ciertamente los jesuitas no somos políticos y por ello somos más utópicos que pragmáticos. No somos políticos sino evangelizadores, anunciadores de la buena noticia desde la fe histórica en Jesucristo. Esto lleva a la utopía del Reino de Dios y al intento de su aproximación en la historia. En este horizonte es difícil de aceptar el capitalismo y sus dinamismos propios, fundamentados de un modo u otro en el concepto de riqueza y en su acumulación, que han dado lugar a una civilización y una cultura de la riqueza. Al contrario es más fácil de aceptar sistemas que se enfrenten mejor con el problema de la pobreza no para mantenerse en los niveles de la miseria sino para crear una civilización y cultura de la pobreza, tal como es orientada programáticamente por el evangelio, donde los pobres ocupan un lugar preferencial en los valores del Reino. Desde este punto de vista que es el de la 'liberación' y no el de la 'liberalización', que es el punto de vista de la justicia del bien común, de la distribución justa de las cargas y de los beneficios, el desenfreno de la propiedad privada y de la dominación y el abuso, quedan condenados. Y esto no por razones abstractas sino por los males que están causando en la historia, no compensados por los bienes que ocasionan.

No es entonces que la teología de la liberación y los jesuitas en El Salvador propendan a impulsar la violencia, de modo que su prédica o su trabajo resulten destructivos. Al contrario lo que queremos superar es la violencia. Pero no nos engañamos a la hora de analizar dónde está la violencia primigenia, la violencia generadora de las demás violencias. Está en lo que se ha llamado violencia institucionalizada y legalizada sea en forma de explotación económica, dominación política o abuso de las armas. Tal vez algunos norteamericanos no acaban de comprender que para muchos las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, los



bombardeos inmisericordes de Vietnam, el ataque a Libia o los cien millones a los contras, incluidos los manuales terroristas de la CIA, son ejemplos mucho más claros e injustificados de violencia que los que puedan darse por parte de los revolucionarios en Nicaragua o en El Salvador. Toda violencia es mala, pero la Iglesia ha tolerado, cuando no animado, a la resistencia proporcionada contra la violencia del agresor injusto. Quizá no es esta respuesta del todo evangélica, pero es doctrina clásica de la moral católica, sólo que su utilización está muchas veces llena de hipocresía, pues los violentos son siempre los otros. En el caso de El Salvador los jesuitas han estado firmes contra la violencia institucional y la violencia represiva y han hecho todo lo posible por evitar y disminuir la violencia revolucionaria, entre otras cosas clamando por el diálogo desde antes del estallido del conflicto.

No podía faltar tampoco la acusación de estar los jesuitas profundamente influenciados por el marxismo hasta el punto de que se les pueda llamar sin más marxistas. El marxismo puede servir de incitación tanto en el compromiso político como en el análisis social y en ambos sentidos han influido en algunos jesuitas de El Salvador. Pero no es el único influjo ni el principal con lo cual es injusto caer en la confusión de llamar marxista a quien no lo es ni en su estructura personal ni en su configuración teórica. Es evidente, por ejemplo, que en los escritos de Jon Sobrino, de otros jesuitas de El Salvador y en los míos propios, resplandece mucho más no ya la presencia de la fe cristiana sino la de otras presencias teóricas, que no son las marxistas.

En resumen, nuestras posiciones pueden y deben ser utópicas, siempre que no se nos pida un análisis científico de la situación o una propuesta técnica para su solución. Pero decir que somos demasiado violentos y demasiado destructivos implican un juicio errado, un juicio además que en las actuales circunstancias de El Salvador es para nosotros demasiado violento y demasiado destructivo.

Agosto 18, de 1986.

